„gios renunciados en su favor, rogarán á Dios „por mí; y así la caridad que he usado con „ellas, se convertirá en mi mayor bien y con„suelo." Pero baste lo dicho; pues nos faltaría el tiempo, si quisiésemos referir todas las particulares devociones de nuestro Beato.

CAPITULO IX.

Del ejercicio de la oracion del Beato Sebastian.

De todo lo que hemos dicho en el capítulo antecedente aparece con claridad, que SEBASTIAN, quitado el tiempo en que debia emplearse en hacer bien á su prójimo, lo restante de su vida lo pasaba (siguiendo aun en esto el ejemplo de su Padre San Felipe) en el continuo ejercicio de la oracion. Nosotros, segun nuestro Instituto, debemos reunirnos todos juntos por la noche en el Oratorio público, para emplearnos en la santa meditacion: á ella asistia siempre nuestro Beato, y hallándose fuera de casa, ni una desecha lluvia, ni las nieves, fueron jamás causas poderosas para impedirle volver á la hora asignada. Y á la verdad, causa grande admiracion el saber, que ni por su

edad abanzada, ni por las indisposiciones de su salud, quiso jamás dispensarse del uso introducido de estar arrodillado en tal acto sobre el desnudo suelo; aunque á quien tiene necesidad, facilmente se concede apoyarse ó tomar asiento: en lo cual él tambien se mostró muy condescendiente con todos, en el tiempo que fué superior. Cuando estaba enfermo y no se podia mover de la cama, hacia le leyese el enfermero los puntos de la meditacion, y hecha la lectura y corridas las cortinas, le ordenaba lo dejase solo por algun tiempo; pero éste muchas veces se quedaba oculto, y percibia los desahogos del corazon del Beato, que lleno de fervor y pensando no ser escuchado, de tiempo en tiempo se dirigia á Dios en alta voz. Cada año, suspendiendo cuanto le era posible el curso de sus tareas, solia pasar algunos dias en la práctica de los Ejercicios espirituales, que él deseaba hiciesen todos los cristianos, teniendo por cierto, que siempre se saca de ellos algun fruto; y era de parecer, que las personas que viven en comunidad, aun en los santos Ejercicios, debian continuar los oficios que les estaban encargados; pero usando un riguroso silencio, no hablando sin necesidad; *porque*, decia el, *así se hace fácil á todos el hacerlos; no de-*

biéndose el oficio de unos cargarse á los otros; y se introduce la manera de cumplir el propio deber, ó sea la regla, estando en santo recogimiento. El fruto que sacaba de sus meditaciones era, la union continua de su alma á Dios, de modo que en todas sus operaciones se conocia claramente que estaba todo ocupado y absorto en gustar y saborear las dulzuras de su amor, con las cuales mezclaba Dios, como hemos visto, aquellas pruebas durisimas de temor, desconfianza y desolacion. Por esto sucedia frecuentemente, que caminando él por Turin, encontrándole y saludándole nobilisimos personages, ni aun lo advertia, ni habria respuesto al saludo, si el compañero no estuviese pronto para advertirselo.

Era continuo en él el uso de las jaculatorias. *Sea Dios alabado,* repetia con mucha frecuencia; y reduciendo en pocas palabras los actos de las virtudes teologales, decia: *creo en vos, ó mi Dios: espero en vos, ó mi Dios: os amo, Dios mio: me uno á vos, Jesus mio; y con todo mi corazon á vos me encomiendo.* Otras veces se le oia gritar fuertemente: *¡ó amor, ó amor! ¡ó amado mio! ¿cuando llegará el dia en que se rompan estas cadenas, y se me deje volar á unirme á tí, mi único bien?* Con estas aspira-

ciones ó zaetas amorosas, que se pueden hacer en todo tiempo y en todo lugar, segun el dicho de S. Francisco de Sales, se suple la falta de todas las demás oraciones, aunque con todas estas no se pueda suplir la falta de aquellas. Los antiguos monges, de quienes habla S. Agustin escribiendo á Proba, no podian hacer muchas oraciones; porque debian procurarse el sustento con el trabajo diario; pero el uso frecuente de las jaculatorias les adquiria el mérito de la larga oracion; y se podia decir, que oraban continuamente, mientras continuamente trabajaban.

El oficio divino lo rezaba siempre hincado, y, por lo comun, en la iglesia delante del Santísimo Sacramento; y así lo aconsejaba hacer á todos los sacerdotes, recomendando ardientemente el cumplimiento de esta obligacion, no solo con interior atencion, sino tambien con esterior compostura: y quien por justo motivo debia rezarlo sentado ó con la cabeza cubierta, queria que lo hiciese en lugar donde no fuese visto, para que no sirviese de mal ejemplo. Así deseaba tambien que se rezasen todas las demás oraciones, las cuales, (y este era igualmente consejo de nuestro Santo Fundador) queria que no fuesen muchas, sino que se hi-

ciesen con gran devocion y recogimiento. A las oraciones vocales y mentales agregaba la lectura espiritual, á la que se entregaba tanto, que apenas tenia un momento libre en la iglesia, en el confesonario ó en el aposento; de dia ó de noche, sano ó enfermo, se ponia á leer, ó hacia le leyesen algun libro devoto ó la historia de los Santos. Preferia entre aquellos los *Ejercicios de Perfeccion* del Padre Alonso Rodriguez, y entre estos la vida de S. Felipe Neri, de San Cárlos Borromeo y de S. Francisco de Sales: ni se cansaba de leer y releer muchas veces los dichos libros; desaprobando, segun dijimos, la costumbre de aquellos que enfadandose pronto de un libro, corren en busca de otro; *porque*, decia, *quien obra así, quiere dar pasto á su curiosidad no á la devocion.*

De qué eficacia fuese delante de Dios su oracion, puede conocerse por los efectos repentinos y maravillosos que con frecuencia se veían. Rogando por los enfermos, atribulados ó miserables, muchísimas veces se hallaban estos curados, tranquilos y remediados. Encomendó un dia al Señor á una persona que por dilatado tiempo tenia una depravada amistad, de la cual no habian podido apartarla ni los avisos de sus padres, ni los consejos de los amigos, ni la cor-

reccion de los superiores; pero apenas habia terminado su oracion el Beato, cuando aquel miserable, reconocida su gravísima culpa, se sintió todo cambiado, y al momento abandonó el escándalo. Ni deben causar admiracion semejantes cosas; siendo tal el fervor con que oraba y la union de su alma con Dios, que no pocas ocasiones, enagenado de sentidos, ni veía á los circunstantes, ni oía á quien lo llamaba, ni sentia el estrépito de los que estaban inmediatos á él.

Mirando la oracion como el principal fundamento de nuestro Instituto, queria que todos los que lo profesaban, así sacerdotes como laicos, pusiesen su principal cuidado en llegar á ser muy amantes del recogimiento, y se nutriesen de la oracion, así como del manjar corporal: por lo cual advertia, que por buenas y santas que fuesen las obras á que debian atender, jamás la abandonasen. Esta advertencia repetia muy frecuentemente á los hermanos laicos en las conferencias espirituales, estimulándolos por una parte á sus oficios; pero temiendo por otra no faltasen algunos, que só pretesto de atender á ellos, abandonasen la oracion, les decia amorosamente: „Hijos mios, poco aprecio y poco solicito vuestras tareas, aun cuan-

„do con estas doráseis, por decirlo así, to-
„da la casa: lo que me urge y tengo suma-
„mente en el corazon es, el servicio de Dios y
„la salvacion de vuestras almas, la cual depen-
„de del ejercicio de la oracion. *Velad y orad,*
„dice el Señor, *para no caer en la tentacion.*"
Otros espirituales documentos daba él á pe-
sonas de todos estados sobre el mismo propósito.
A algunas almas demasiadamente tímidas, que
se angustiaban porque les parecia no saber ha-
cer oracion mental, las animaba diciendoles:
que hiciesen todo lo que sabian y podian, y
confiasen en Dios que les daría luz y auxilio
para hacerla bien: y entretanto se ocupaban
en ella, procurasen tener sentimientos de hu-
mildad, de confianza y amor á Jesus Crucifica-
do; sin apegarse á las ternuras y consuelos sen-
sibles, *los cuales* (así escribia á una monja) *va-
len poco para nuestro aprovechamiento, si no nos
conducen á mortificar las pasiones.* Acostum-
braba otras veces, tratando de estas mismas co-
sas, decir: „las lágrimas de los ojos sin las
„del corazon jamás han hecho á ninguno San-
„to. Muchas veces la sequedad en la oracion
„ayuda mas que las dulzuras; porque ordinaria-
„mente se observa, que pasadas estas, se des-
„vanece el amor á la vírtud; pero si en la

„aridéz se hace una buena resolucion, esta du-
„ra constantemente.... Cuando el alma se en-
„cuentra en tal abandono, que á semejanza de
„un cadáver no sabe hacer un acto devoto, y
„le parece tener el entendimiento sin luz, la
„voluntad sin ardor, y que, sin sufrir graves an-
„gustias, no pueda hacer algun buen propósito,
„y que á manera del lírio poco á poco levan-
„te entre las espinas de estas penas su mente
„á Dios, procurando vivir en paz y quietud,
„confie en la divina misericordia." Queria tam-
bien que no se turbasen aquellos que eran afli-
gidos en el tiempo de la oracion por distrac-
ciones y tentaciones; sino que, interponiendo
alguna breve jaculatoria, la siguiesen tranquila-
mente sin comenzarla de nuevo; porque algu-
nos, queriendo tornar siempre desde el princi-
pio, siempre empiezan y jamás acaban una; y
fastidiandose así, llegan á perder el fervor y el
deseo de encomendarse á Dios. De la misma
manera aconsejaba, debian proceder los que eran
molestados de pensamientos contrarios á la fé
ó á la castidad; asegurando, que semejantes ten-
taciones mas fácilmente se ahuyentan volviendo
diestramente nuestro corazon á Dios, que con
una ansiosa resistencia.

CAPITULO X.

Del zelo de las almas del Beato Sebastian.

El verdadero amor del prójimo, inseparable del amor de Dios, para la salvacion de las almas, envuelve los principales y caritativos cuidados suyos. Cuan grandes y cuales fuesen estos en el B. SEBASTIAN, se conoce de su larga vida, empleada toda en tal objeto. No tenia (segun lo hemos visto) un solo momento reservado á sí mismo, ningun reposo á su cansancio, ningun alivio á su avanzada edad; sino siempre inflamado de nuevo ardor, en el aposento, en la iglesia, por la ciudad y fuera de ella, en todo zelaba el honor de Dios y la salvacion de las almas. Hallándose en ocasion de hablar con los pecadores, por duros y obstinados que fuesen, los trataba siempre con las mas dulces y apacibles maneras, de suerte, que muy pronto les ganaba el corazon, y los atraía á su confianza. *Vaya, quiero que nosotros seamos buenos amigos* (les solía decir); *pero procurad el no ofender mas á Dios cometiendo otra vez pecado mortal.* Estas palabras las decia con tiernas demostraciones de paternal afecto. Un caballe-

ro de gran nombre estaba una tarde paseando por los corredores de nuestra casa, en compañía del Presidente el Conde Juan Bautista Garagni: pasando por allí el Siervo de Dios para ir al Oratorio, viendoles, los saludó; y apartando un poco al caballero, le dijo pocas palabras; despues de las cuales, volviendose este á su amigo se despidió diciendole: *otra vez nos volveremos á ver; por ahora me conviene salir de aquí.* Maravillado el Conde de tan imprevista resolucion, no sabia á qué atribuirla. Entretanto pasaron muchos dias ántes de que se viesen, y, finalmente, habiendose encontrado, rogó el Señor Garagni al caballero le manifestase, ¿por qué aquella tarde se habia separado de él, y donde se habia retirado con tanta prisa? Entónces este, abriendose con su amigo le dijo estas palabras: „vos habeis sido siempre mi amigo, y me per„suado seguireis siendolo: os digo pues, que el „Padre VALFRE es un Santo. Aquella tarde, cuan„do me habló en secreto me dijo: *Señor, ha„ceis un gran perjuicio á vuestra hermosa alma.* „Herido yo y advertido de aquellas palabras, „me despedí al momento de vos, y me retiré á „pensar en el estado de mi alma: y despues „del Oratorio ocurrí al Padre VALFRE, con quien „me confesé y á quien he elegido por mi di-

„rector espiritual, esperando con su ayuda des„engañarme del mundo, y emprender un méto„do de vida en que pueda salvarme." En efecto, despues de algunos dias, abandonando las delicias y comodidades de su casa, entró en una religion, en la cual probado de Dios con varios trabajos y siempre asistido por el Beato, murió como constante, fiel y ejemplar religioso. La docilidad que encontró SEBASTIAN en este caballero, no siempre la halló en todos; porque algunos se resistian á sus consejos, se burlaban de sus santas industrias, ó abusaban de sus mismos beneficios para vivir en el pecado. Pero su ardientísimo zelo y su gran caridad, siempre dulce y paciente, no se disminuía, ni jamás se irritaba. Una sola vez, dejando la paciencia y dulzura, se le vió hacer una correccion, que si en otros hubiera sido digna de reprenderse, en él se debe alabar; porque el efecto que produjo, debe atribuirse á un movimiento especial que ciertamente tuvo de Dios. Un blasfemo público, aunque muchas veces habia sido amonestado y corregido, estaba no obstante rebelde y obstinado en su detestable vicio. Un dia, pasando el Beato por una calle principal, y oyendole proferir en sus acostumbradas y escandalosas blasfemias, ardiendo todo en purísimo amor

á Dios, se acercó á él y le dió una muy recia bofetada. ¡Cosa admirable! aquel hombre bestial, aunque ferocisimo por naturaleza, con asombro de todos calló, entró en sí, y jamás recayó en aquella horrible impiedad.

Estando SEBASTIAN devorado del deseo de ganar almas á Dios, no se contentaba con las que espontáneamente se le presentaban, sino que por todas partes iba en su solicitud, empleando todos los medios de insinuarse en su confianza, y volverlos al seguro camino. Cuando oía decir que en algun lugar habia mugeres de mala vida, no pudiendo tolerar la ofensa de Dios y el escándalo de tantas gentes, con la debida autoridad y el necesario acompañamiento, iba de improviso y aun de noche, á aquellas deshonestas concurrencias; y bastaba que él se presentase, para que al momento se disolviesen. Amonestaba entónces á todos á no ofender mas á Dios; y si descubria á alguno cubierto de confusion, dulcemente lo convidaba á que lo buscase en la Congregacion, prometiéndole toda paternal asistencia. Para arrancar del todo la ocasion y el fomento del pecado, hacia retirar á lugar seguro á esas mugeres, subministrándoles alimentos y una conveniente pension; y visitándolas frecuentemente las instruía y encami-

naba por el sendero de la penitencia; y tambien á muchas, dotándolas, las colocó en matrimonio. Procediendo de esta manera, apartó del mal mas de doscientas.

En el año de 1706, ántes del sitio de Turin, hallándose (como ya se ha dicho en otro lugar) bajo los portales de la plaza de S. Carlos, muchos soldados, de los cuales unos dormian allí al sereno, y otros dentro de los carros destinados á conducir las provisiones del ejército, el B. SEBASTIAN, movido del zelo de su salvacion, y principalmente porque allí se hallaban mezclados hombres y mugeres, salia de parte de noche, y rodeando aquellos portales, y visitando aquellos carros donde descubria peligro de ofensa del Señor, daba avisos saludables, y ponia el reparo conveniente. Perseveró algunos meses en este cuidado; esto es, mientras duró aquel peligro; y era tan grande su crédito, que ninguno osaba oponerse á sus palabras; por lo cual, no solamente era escuchado y obedecido, sino aun con sola su presencia hacia temblar á los mas malvados, y huir á los mas atrevidos. En prueba de esto diré: que habiendo él sabido que en un pequeño cuarto, que se hallaba debajo de la parroquia de San Eusebio, se hacia un baile poco honesto, se acompañó un dia con Nicolás Tassarotto, y llegado allí, pegándose á la puerta dijo en voz alta y capaz de ser oida de todos: *¿qué se hace aquí?* y despues, retirándose á otra parte, tuvo el consuelo de ver salir á cuantos se encontraban en aquel sitio. Entónces, cerrando él mismo la puerta, y llevándose la llave, volvió á la Congregacion: y su compañero declaró en el proceso, que aquella habitacion quedó abandonada por mucho tiempo.

Así ganaba él las almas á Dios con las dulzuras de sus maneras, por lo cual era llamado propiamente *calamidad de los pecadores:* y, por el mismo camino de la dulzura, deseaba que todos los sacerdotes se dedicasen á procurar la salvacion de las almas; desagradandole mucho que se mostrasen frios en ganar á las personas estraviadas. No podia estar tranquilo si veía algun sacerdote estar ocioso ó tibio en el santo ministerio, ó (lo que es peor) agregado á alguna casa noble á guisa de mercenario; dejando así de ocuparse con fruto en la viña del Señor, faltando á las promesas hechas á la iglesia y á Dios; por lo cual procuraba despertarle del fatal letargo, é inflamarle á trabajar por la salud espiritual de los prójimos. Exhortaba principalmente á los sacerdotes jóvenes á no espantarse de las dificultades

que se encuentran en el santo ministerio, animándoles yá con un motivo, yá con otro, á trabajar siempre; concluyendo su discurso con decirles: que *quien tiene amor de Dios, no dice jamás basta; sino que cuanto mas ha trabajado, tanto mas está pronto á trabajar.* Tal era verdaderamente su ardor, aunque anciano decrépito, y convaleciente, despues de graves enfermedades, cansadísimo por el peso de la Congregacion, por los penitentes que querian confesarse, los pobres que pedian limosna, los forasteros y ciudadanos que solicitaban consejo; llamado unas veces á las cárceles, otras á los monasterios; yá á los hospitales, y yá á la corte; oprimido al mismo tiempo de muchas personas, que todas querian hablarle de muy distintos negocios; enmedio, repito, de tantas ocupaciones, jamás se le oyó quejarse de estár desasosegado; jamás se negaba á ninguno: acogía á todos, manifestándose de esta manera incansable y constante en el servicio de todos.

Ni solamente se contenia su zelo entre los muros de Turin; sino se estendia á todo el Estado. El era informado de los desórdenes que acaecian en otras partes, así por los párrocos que interponian su mediacion para con el Soberano, como de los Obispos que le consultaban como á un oráculo, para la buena direccion del clero y de su rebaño. Respondia á todos, y á todos sugeria por cartas los medios mas oportunos á extinguir los abusos; y se valia de la autoridad suprema, para que el vicio fuese reprimido y protegida la virtud. Tuvo tambien otras ocasiones de cooperar al bien de las almas, aun fuera del Piamonte, ayudado de la liberalidad de caritativos bienhechores. La nobilisima Señora Camila Bevilacqua, Marquesa de Villa, nombró en el año de 1687 al Beato SEBASTIAN, ejecutor de sus últimas disposiciones, ordenadas todas á obras pias, habiendo instituido su heredero universal á Jesucristo en la persona de los pobres, y mostrádose deseosa de que de sus bienes dejados á la ciudad de Ferrara, se fundase en ella una casa de misioneros de San Vicente Pauli. Aunque esta fundacion fuese muy árdua y dificil de ejecutarse, por los grandes obstáculos que se presentaban, tomó VALFRE tanto empeño, principalmente valiéndose de la proteccion que solicitó en Roma del Cardenal Colloredo, su íntimo confidente, que triunfando victoriosamente de todas las contradicciones, logró dar verificativo á esta obra, tan útil á todas las almas de aquella vasta diócesis.